



CELEBRIDADES CONTEMPORANEAS.

Benito Constant Coquelin.

Damos el retrato del más notable actor del teatro francés de la época actual, en los momentos en que resplandecerá su génio en el escenario de Tacón.

Intentar ahora una biografía de Coquelin sería inútil é imposible empeño, siendo tan popular su vida, y tan corto el espacio de que aquí disponemos.

Estas breves líneas se han escrito con el sólo objeto de enviar un expresivo saludo de admiración y cortesía al ilustre artista, el esclarecido comediante,



SUMARIO.

TEXTO: CRI-CRIS, por Ramón A. Catalá.—Fantasmas, poesía, por Francisco A. de Icaza.—Vals Figaro, por Ignacio Cervantes.—El soneto de Arvers (imitación), por Joaquín Fuentes Bustillo.—Cuentos inverosímiles. VIII. La del velo por Federico Villoch.—Injusticia, poesía, por Manuel S. Pichardo.—Cuentos mundanos, VI por Ezequiel García.—Julán del Casal.—¡Me mudó!, poesía, por Francisco Rosales.—DESDE MI BOUDOIR: por Mlle. Nitouche.—RETAZOS.—CORRESPONDENCIA DE LA SEMANA.—ANUNCIOS.
GRABADOS:—Ignacio Cervantes, por Oscar Held.—Coquelin.—Schigarine.—Vals Figaro, por Torriente.

CRI CRIS

Después de las palomas astutas de Vargas Muñiz, no se ha hablado de otra cosa que de Coquelin.

Hemos tenido, por lo tanto, una semana francesa.

Misú Coquelin *Ainé* ha venido á poner en movimiento á los que aquí se mueren por la lengua francesa, aunque no la entiendan.

Hasta hoy, no tenemos más que ideas vagas de lo que pueda ser el gran actor.

Hay quien se lo figura como un ente sobrenatural y fantástico.

Otros creen que andará por las calles haciendo piruetas como un *clown* de circo, á fin de no perder la costumbre de divertirse al público.

Así es que vamos á llevarnos el gran chasco cuando arribe á nuestras playas, y veamos que es un buen señor, gordito y feo como él solo.

Y diremos al verle pasar:

—¡Pst . . . ! ¿Y ese es Coquelin?

Será una decepción horrible . . .

Todas estas son conjeturas de mi mente acalorada; menos lo de la fealdad, porque como feo lo es, aunque Torriente le haya hecho el favor de presentarlo tal cual, por pura galantería.

A pesar de esto, las señoras de la tertulia lo encontrarán hermoso y bello. Todo es posible.

—Será feo en francés;—dirán ellas—pero traducido es encantador.

Lo que nadie sabe es que á Coquelin le falta la oreja derecha.

Es decir, como faltarle, no le falta, porque usa una que le cedió en prueba de admiración un galán joven amigo suyo.

Hagamos historia, como dice la gente seria. Sabida es la debilidad del celebrado cómico por el pescado frito y los gatos de Angora.

Una ocasión murió uno de sus gatitos, víctima de la salchicha municipal.

Era en París y de noche. No llovía, sin embargo.

Coquelin *Ainé* se indignó hasta la desesperación, ó mejor dicho, hasta el desmelenamiento.

Rugió y bramó, aulló y mugió. Todo por su gatito. Su casa parecía una jaula de fieras . . .

Hasta que en un raptó de ira, se mordió una oreja, creyendo que mordía la de un guardia municipal.

Y he ahí cómo perdió Coquelin la oreja. En vista de lo cual, el galán joven le regaló la suya.

Desde entonces Coquelin se ha acostumbrado á oír con la oreja de otro.

Y por eso también no hay forma de que enseñe la oreja.



Anoche hemos asistido á la función ilusorio-fantástica del Sr. Vargas Muñiz.

Verdaderamente todo lo que allí vimos fué pura fantasía. En estos tiempos en que todo es ilusión, el espectáculo del Sr. Vargas no puede ser más oportuno.

Los escépticos, los amantes derrotados y los que estén al borde del suicidio, no deben perder la oportunidad de cerciorarse de que todavía existen ilusiones humanas que pueden explotarse como si fueran cepillos para los dientes ó cápsulas de sándalo citrino . . .

El Sr. Vargas Muñiz tiene la modestia de dedicar sus funciones á los niños.

Muy mal hecho. La modestia es otra ilusión que no entiende el vulgo.

Yo que, en punto á ilusiones, no las tengo todas conmigo, le recomiendo al ilusionista Sr. Vargas Muñiz mucha perseverancia en eso de deslumbrar á las multitudes.

Sólo así llegan los hombres á la meta de sus aspiraciones, como dice Peraza.

Y nada de hacerse muchas ilusiones. Porque á lo mejor se recibe un desengaño, como el que acaba yo de recibir en estos días.

Si, señores, aquí donde me ven VV. soy un joven desengañado de la vida. ¡Infeliche!

No me había atrevido á decirlo antes por temor de enternecer á los lectores.

Pero esto merece tres estrellitas.



Hasta el lunes me venía yo considerando el ente más feliz de la tierra.

Rozagante, gordito y relativamente hermoso, daba gusto verme por esas calles.

Las señoras mamás me echaban unos ojos como de suegra benigna, mis amigos me tenían una envidia feroz y hasta llegué á infundir serias y fundadas sospechas en la fonda, porque, señores, recuerdo que comía casi tanto como el tragaldabas de Salvador.

Hoy ya es otra cosa ¡ay de mí! . . . Flaco y pálido como el canto de un centén, apenas me reconocerán mis antiguos conocidos. Como menos que Succí y me he puesto feísimo; yo, señores, que no era tan feo. ¿Se acuerdan VV?

Y todo por un plato de lentejas, como Esaú.

¡Oh! ¿Qué será de mí!

(Pausa y lágrimas.)

Si acaso llego á morirme, aunque no lo espero, suplico á mis amigos que no permitan de ninguna manera que se me dediquen versos alusivos.

La muerte es una cosa respetable, y recibiría un gran disgusto en la otra vida, cuando me llevaran algún *versito* de esos que empiezan:

«Cayó henchido de amor y juventud
en la fosa triste y vacilante . . .»

Eso sí, pido que coloquen sobre mi ataúd una palma en señal de martirio.

Porque martirio como este, no lo habrá pasado nadie. Escribir en guasa cuando sentimos mucho dolor en el alma.

Y en otra parte.



¡Ah! Y que me hagan el sarcófago bien desahogadito de vientre . . .

RAMÓN A. CATALÁ.

FANTASMAS.

—Si es cierto, me dijiste conmovida,
Que, abandonando su retiro eterno,
Suelen volver los muertos á la vida,
En las calladas noches del invierno;

Que si sufren, con voz aterradora
Demandan de los vivos las plegarias
Y sólo á los reflejos de la aurora
Retornan á sus tumbas solitarias;

Si es cierto, y él viniera y profanado
Hallara el lecho que dejó vacío,
Alzárse terrible é indignado,
Cuenta pidiendo del perjurio mío;

De cómo pude yo, falaz y artera,
Jurar que nunca de tu amor los lazos
El alma que era suya, hallar pudiera
Si me entregaba en tus amantes brazos;

Por eso tengo, de la estancia oscura,
Horror inmenso que vencer no puedo;
No me dejes, la aurora aún no fulgura,
Aproxímate más que tengo miedo.

Mira; con clara luz ¡luz importuna!
Alumbra el cementerio de la aldea
Impasible y fatídica la luna . . .
Túrbase mi alma y mi razón flaquea.

Porque al mirar el blanco campanario
Sobre los negros árboles del huerto,
Páreceme que envuelto en el sudario
Se alza terrible el engañado muerto.

Y de sus pasos fingeme el rüido
El murmullo del viento entre las hojas . . .
—Como tanto te quiero, no he reído,
Te dije, de esas fútiles congojas.

Los muertos nunca vuelven á la tierra;
Deja temores locos y pueriles
Y olvida la conseja que te aterra,
Digna sólo de cuentos infantiles.

Están sus miembros en la tumba opresos,
Ni celos siente, ni el pesar le acosa
Y ni al rumor de nuestros dulces besos
Alzar intenta su marmórea losa.

Sentí agitarse tu ardoroso pecho,
Olvidamos el triste camposanto
Y unidos en la sombra, en lazo estrecho,
Busqué tus labios y enjugué tu llanto.

Hoy mi huésped constante es el hastío
Y hay en mi corazón tanta tristeza,
Que late enfermo y desolado y frío
Sin que haya encanecido la cabeza.

Ni lo engañoso del pasado anhela,
Ni esperanzas abriga en lo futuro:
Que más que el frío de la edad nos hiela
La nieve de un invierno prematuro.

Sólo en noches de insomnio, entre la sombra
Que me circunda y do la vista pierdo,
Se levanta un fantasma que te asombra,
Fantasma de tu amor es su recuerdo.

No es un fantasma de pasados bienes,
De blanca veste y fulgurantes galas,
Que dé frescura á mis marchitas sienas
Con el contacto de sus niveas alas;

Más que la sombra es negro su ropaje,
Es su beso morboso ascua que quema,
Sus palabras de amor son un ultraje
Y su presencia sola un anatema.

Cierro los ojos, cúbrome la frente,
Mas él lleva sus labios á mi oído
Y me culpa de abrirte la pendiente
Del abismo sin fondo en que has caído.

Me cuenta tu abandono, tus desvelos,
Tus torpes goces de mujer manchada . . .
Y hasta que luce el sol sobre los cielos
No abandona el espectro mi morada.

Y ya comprende el alma conmovida
Cuando le agita el torcedor interno,
Como hay muertos que vuelven á la vida
En las calladas noches del invierno.

FRANCISCO A. DE ICAZA.



IGNACIO CERVANTES, nuestro laureado compositor y pianista, con el nombre de este periódico y dedicado á sus suscriptoras, ha escrito el precioso vals que en fragmento publicamos en las planas 4.^a y 5.^a, y que en breve se imprimirá completo por la casa de López.

La primera parte, que es la que publicamos, basta por sí sola para que se pueda apreciar el mérito del vals.

Por nos, y en nombre de las suscriptoras de EL FIGARO, que nos permitimos representar aquí, damos al querido y afamado maestro, con cuyo retrato se engalana esta página, tantas gracias como las que lucirán en nuestros salones prontamente, á los rápidos acordes del VALS FIGARO. Porque Valenzuela se propone tocarlo en el próximo Carnaval.

EL SONETO DE ARVERS. (1)

(IMITACIÓN.)

Guardo un secreto en la existencia mía:
Pasión sin fin, nacida en un momento;
Es mal sin esperanza, que mi acento
A su autora jamás revelaría.

Siempre en silencio, con mirada fría,
Pasé á su lado, á reprimirme atento;
Aun cuando rinda el postrimer aliento,
Mi pecho amante nada de ella ansía.

Dios la hizo dulce y tierna; ella no pudo
Escuchar el murmullo que á su paso
Alzó mi labio, en apariencia mudo.

Fiel al deber austero su alma bella,
Al leer estos versos dirá acaso:
¡Cuán delicado amor! ¿Quién será ella?

JOAQUÍN DE FUENTES-BUSTILLO.

CUENTOS INVEROSIMILES.

VIII.

LA DEL VELO.

CAVÓ el telón por sétima vez entre una tempestad de aplausos y de bravos. La concurrencia, escogida en su mayor parte, y numerosa, salió al portal, desbordándose por las puertas como un mar repleto que rompe en las encenadas y saltando las rocas inunda la serena playa en una voluptuosa expansión de su seno. La lluvia de Noviembre, fría y punzante, azotaba las arcadas del peristilo, donde hombres y mujeres se confundieron detenidos, en tanto que otros asaltaban el café, entre cuyas mesas iban y venían los mozos conduciendo humeantes bandejas de chocolate ó café, ó llevando bajo el brazo botellas de cristalino y transparente moscatel, dorado Jerez ó espumoso champagne, cuyas tapas al saltar, semejaban entre aquella baraunda el atronante disparo de un revólver. Vagaba con el humo de los tabacos un constante murmullo que ensordecía el agua cayendo sonora en la calle ó azotando los cristales de las mamparas al través de las que cruzaban los ómnibus y los coches cubiertos con sus hules relucientes á los reflejos del gas y semejantes á carros mortuorios que rodaban al lento paso de los caballos rendidos de fatiga. Allí, en el peristilo, donde no se pagaba por estar, confundíanse los que por espacio de tres horas separaran las divisiones del teatro. El obrero de blusa codéabase con el gomoso de ajustado frac; la alegre costurerilla de tertulia se quejaba de la tempestuosa noche, al par de la elegante señorita que había lucido en un iluminado palco de platea su capota de cachemir y su sombrero de plumas y flores. El alto empleado de gobierno suplicaba el paso á un tabernero, que se lo ofrecía solícito por sólo el placer de mostrarse educado, enseñando sus negros dientes al través de una sonrisa de conejo. La matrona de cincuenta otoños, dueña soberana de su casa y su marido, miraba de soslayo á cierta andrajosa viejecilla que había logrado arrancar á su nieto, vendedor de periódicos y limpia botas, el importe de una entrada al paraíso, atraída también por la fama del estreno . . . y recogiendo las faldas, cansada de esperar, fué abriéndose paso con los codos, murmurando de todas aquellas sandeces que acababan de representar.

Aquello era robar el dinero á los tontos. Bajó la escalinata, y ya en la calle, entre la lluvia que caía en gruesas gotas, volvió el rostro, y su boca desdentada lanzó un insulto á la apiñada muchedumbre que rió estrepitosamente. Sólo un hombre se adelantó hácia el pórtico y agitando su bastón desafió á la vieja, que impávida continuaba su camino chapoteando en el lodo y acompañando con gritos de furia el estruendo de los coches. Después, el hombre se cruzó de brazos y clavó la vista sobre la inquieta muchedumbre entre la que á veces chispeaba la cabellera de una dama cuajada de diamantes, cegándole con su fulgor. ¿Qué tiempo estuvo así? Nunca pudo saberlo; sólo recuerda que al volver de su letargo, se encontró el pórtico desierto, calmada la tormenta y sereno el espacio, en el que titilaban las estrellas como ojos de ángeles. Una mujer, que un velo oscuro cubría hasta los pies, se le acercó tan lentamente que ni se oían sus pisadas, y enlazándose á su brazo,—Vamos, le dijo. Y desapareció con ella en un cupé que tomó á escape la avenida.

*
*
*

Al través de sus guantes, las manos de la misteriosa enlutada abrazaban como tenazas candentes, comunicándole un satánico calor que enardecía sus fibras y le hacía latir el cora-

(1) Este es el nombre con que se conoce en Francia el admirable soneto de Félix Arvers, á que se refiere la gallarda imitación presente con que nos distingue su autor, el ilustrado Presidente de la Audiencia de Puerto Príncipe. N. de la R.

dor
aqu
cor

no

no

lifo

que
rra
qui
la s

tisf
poe
poe
del
la r
una
cor
bre
lue
ma
jur
ga
tap
lec
plu

al
flo
ba
co
cu
pr
an
co
sú
da

ce
pe
oje
re
ta
so
de
cir
da
to
ra

os
P
re
u
er
d
el

re
(E



Tempo di Vals.

Piano

marcato la melodia

Handwritten musical score for piano, consisting of six systems of staves. The notation includes treble and bass clefs, a key signature of three flats (B-flat, E-flat, A-flat), and a 3/4 time signature. The score features various musical notations such as notes, rests, and dynamic markings like 'Piano' and 'dim'. The handwriting is in black ink on aged paper.

A las suscriptoras de "El Figaro"

Habana Enero/89
Ignacio Cervantes

zón con el vertiginoso movimiento de una máquina lanzada á todo vapor. Llegó un momento en que no pudo sufrirla, y apartándose de ella, arrojando lejos de sí aquellos brazos que le oprimían axficiándolo, intentó echarse fuera, buscando el botón de la portezuela; pero una carcajada seca y fría, semejante al ruido de infinitos huesos que chocasen sacudidos en un saco, le hizo volver el rostro petrificado, temeroso de que aquella mujer arrojara su velo y le enseñase el descarnado rostro de un esqueleto. Vencido, volvió á caer sobre el asiento y no osó moverse, apartando los ojos de aquella desconocida y fijándolos en la alfombrilla del piso, donde pudo ver al débil reflejo que dejaban pasar de los faroles del pescante los opacos cristales de las ventanillas, varias coronas de flores, pisoteadas y marchitas. . . . ¡Sus coronas de autor! Seguía el cupé rodando sobre el asfalto, sin sacudidas, como si alada pareja lo arrastrase sobre nubes, lijaramente balanceado, silencioso, con un dulce vaivén que adormecía.

Por fin se detuvieron; una mano invisible abrió la portezuela, y al descender se encontraron ante una casa que envolvía la sombra, y cuya puerta, como si tras ella alguien esperase, se abrió sin que sus goznes produjesen al girar el más leve ruido. La misteriosa enlutada iba delante, llevándole de la mano, como á un niño que huyese de la sombra. Subieron y subieron escaleras hasta penetrar en un gabinete, iluminado por la mortecina luz de una lámpara. Sobre una régia consola se elevaba un ancho espejo, cuya luna velaba la oscuridad semeando un girón de niebla, débilmente bañado por los reflejos de la lámpara. Allí, en medio de aquella dulce penumbra, desaparecieron sus temores y adelantó un paso hácia la enlutada, extendidos los brazos, suplicante; ella avanzó también y ambos se encontraron con un beso y un suspiro que, aleteando un instante en la oscuridad, volaron fuera y repitió el eco en el espacio. El sintió doblarse blandamente sobre el suyo las suaves líneas de aquel cuerpo, y al alzar una mano para recorrer el importuno velo, ella lo detuvo y se lo quitó por sí misma, á tiempo que la luna saliendo de entre nubes, iluminó toda la cámara y aquel rostro, sereno y radiante, en cuya frente un ángel hubiera podido escribir todo un poema de amor y de ternura. En un ángulo, una hermosa estatua enseñaba sus formas desnudas; vió sobre el piano una porción de cuadernos en desorden; colgantes de la pared observó algunos cuadros que representaban paisajes de campo, y allá, en el fondo, una obra maestra: una mujer saliendo del baño, envuelta á medias en blanca sábana. Cada cuadro tenía una firma conocida, las firmas de sus amigos; encontraba un nombre conocido en cada cuaderno de música. Ella le apartó de esta contemplación con un beso, y al sentirlo, un velo osuro se interpuso ante sus ojos; flaqueáronle las piernas, y se abandonó á las locas caricias de una pasión contenida. La mujer desnuda del cuadro parecía sonreír; la estatua imponía silencio á los espíritus con un dedo sobre sus labios de piedra, y las cascadas y los arroyos de los paisajes murmuraban dulcemente, como si en efecto, se deslizasen entre piedras ó sobre verde musgo. Todo se fué animando, recobrando vida propia, por decirlo así, y llegó á no ser una visión. Moviése la estatua, corrieron las cascadas, murmuraron los arroyos y ahora sonreían dos mujeres: la del cuadro, y aquella de la que no le era desconocido más que el nombre y que se estremecía entre sus brazos. . . .

**

Fué una vida febril é interminable. En vano luchaba por arrancar aquella pasión poseida de su alma y de su carne; cada día al despertar con una ilusión menos y una cana más, buscaba aquellos brazos que le oprimían hasta destrozarlo, buscaba aquellos besos que le envenenaban y así pasaron los días, los meses, los años, prendido más y más cada día, cada año de aquella satánica hermosura, como si no existiese el mundo fuera de su pasión, fuera de aquel sombrío gabinete al traves de cuyas negras cortinas cruzaba la vida con sus verdaderos encantos, con sus únicas alegrías, con sus eternas venturas, indiferente su alma poseida del infierno. . . . Una mañana, después de noche febril, pretendió levantarse del lecho, pero no pudo; se miró al espejo y retiró la vista del cristal, horrorizado; imploró de ella un consuelo; pero ella otra vez con su velo negro sobre el rostro, como aquella noche, se acercó al lecho implorando una última caricia, y desengañada de su impotencia, como si fuese una pluma lo levantó en sus brazos y dió con su cuerpo inútil en el fondo de un abismo. . . . Y la vieja, aquella vieja que él desafió insultantemente, viéndole caer, reía en la entrada del abismo con su boca desdentada, arrojándole con sus manos descarnadas puñados de lodo.

**

Alguien al conocer la extraña historia, pensó un momento, y la halló verosímil y cierta. Cuando se habla de un artista, compara su pasión por el arte con la pasión de aquel desdichado, y su afán de gloria, con las burlas de aquella vieja. El arte,

es verdad, una querida que ama, pero que también aniquila; la gloria, casi siempre el sarcasmo, la burla, después de una vida febril y azarosa.

FEDERICO VILLOCH.

INJUSTICIA.

No regañéis á Leonor porque de todo se ría constantemente en el día. ¡Si tiene ganas, señor!

A vuestro querido bien con mucho rigor tratáis; vosotros no recordáis que fuisteis niños también.

Estos papás sin consejo que arman por nada una riña, quieren que piense una niña lo mismo que piensa un viejo.

Le piden formalidad, sin disculpar con razón, que esas travesuras son exigencias de la edad.

Graves, austeros, sencillos, á su gusto sermonean, y es necesario que sean más dulces con los chiquillos.

Decís que la muy maldita no se dá punto en la boca, y ríe como una loca cuando llora su hermanita.

Que ya de la raya pasa, y hace mofa la criatura de su maestro y del cura y del que llega á la casa.

No pongais á eso remedio, si en la vida á cada hora el medio mundo que llora es risa del otro medio!

Leonor, atiéndeme á mí, que si hoy ríes de tu hermana, ¡ay, pobre Leonor, mañana cuántos se reirán de tí!

Te lo digo muy de veras: no hagas caso á tu mamá y menos á tu papá; nada, ríe cuanto quieras.

Que estos fugaces y bellos horizontes de placer, se van para no volver. . . . Anda, que lo digan ellos.

Diviértete mientras tanto no te falte la alegría, que al cabo llegará el día en que viertas mucho llanto!

Ríe, graciosa Leonor, que los goces en conjunto son imperceptible punto en la esfera del dolor.

Ya serás mujer de peso y ya sabrás lo que cuesta. Leonor, que siga la fiesta, ve á jugar y toma un beso.

MANUEL S. PICHARDO.

Cuentos Mundanos.

VI.

AUNQUE la estación se encontraba bastante adelantada, el *Hôtel de France*, en Pau, estaba, aquella mañana, muy concurrido. Españoles que llegaban de Biarritz y San Juan de Luz; franceses que se dirigían á Eaux-bonnes y Eaux Chaudes; ingleses que volvían de Lourdes ó Cauterets, formaban un conjunto heterogéneo, y producían—hablando cada cual en su idioma—una confusión capaz de desalentar al más confiado en los progresos del Volapük.

En el salón de comer se notaba gran animación, á la hora del almuerzo, cuando entraron en él una señora y un caballero, elegantemente vestidos, y ocuparon la única mesa que aún quedaba libre, frente á una ventana por la que se veían á lo lejos los altos picos de los Pirineos. La dama era tan hermosa, que atrajo desde el primer momento la atención general. Ya no se habló más de la pasada excursión ni de la próxima visita al castillo de Enrique IV; el tema de las conversaciones era la recién llegada, su cuerpo esbelto, sus cabellos de oro, sus ojos entornados, el traje, los pliegues de la falda. . . . y aunque ella afectaba abstraerse en la contemplación del paisaje, era difícil que no se apercibiera del efecto que producía, porque hasta el ruido de los platos y cubiertos había disminuido.

Pero donde causó verdadera sensación fué entre los hombres que rodeaban la mesa grande del centro y que hasta entonces no habían hecho más que burlarse de su vecino Herr Unempfindlich, un señor alemán—probable oficial del *ingénieur-corps* que quizás estudiaba la frontera para una posible alianza con España. No se ocuparon más de él, para dedicarse en absoluto á la hermosa rubia, que ya se les antojaba polaca, y no faltó alguno que creyera reconocer en ella al tercer premio del último concurso de belleza.

Al fin, uno de ellos, no pudiendo resistir á la curiosidad, llamó al criado:

—Dime—le preguntó—¿sabes quiénes son el caballero y la señora á quienes servías ahora?

—Lo ignoro, señor. Desde que llegaron á nadie han dirigido la palabra; pero si el señor tiene empeño en conocer los nombres, yo puedo verlos luego en el registro.

—No; es inútil: en el registro todos son *Monsieur et Madame* de Tal. Lo que me interesa es saber si esa unión es de la mano derecha ó de la izquierda. ¿Me entiendes?

—¡Oh! no. . . . Estoy seguro de que son casados de veras.

—¿Y cómo puedes saberlo si dices que no han hablado con nadie?

—Es bien sencillo, señor: han pedido una sola habitación. . . . ¡pero con dos alcobas!

EZEQUIEL GARCIA

JULIAN DEL CASAL.

EN la proporción de la pena que sentimos hará tres meses al despedir á este muy querido amigo y compañero, es hoy nuestro gozo al enviarle la más afectuosa bienvenida.

Se encuentra de nuevo en la Habana uno de sus poetas más distinguidos.

Entre las cosas buenas que se ha traído Casal de Madrid, figura la inspirada poesía inédita que publicamos en otro sitio, del Sr. Icaza, segundo Secretario en la Corte de la Legación Mejicana, que cultiva brillantemente las letras.

¡ME MUDO!

A un lado de donde mora
mi excelencia el localista,
hay un novel violinista,
y al otro, un chico que llora;

Y dando frente al cuartucho
en que de noche me encierro,
hay un cochino y un perro,
cuyo perro ladra mucho.

Ladra el cán, suena el violín,
llora el niño, y por mi mal,
me dan concierto infernal
músico, niño y mastín.

Apenas la puerta cierro
y principio á emborronar,
le dá al niño por llorar,
gruñe el cerdo, ladra el perro,

y el violín, que hace *tabló*,
preludia escalas así:
do re mi fa sol la si
si la sol fa mi re do.

(Sagua, 1889.)

Llora el chico, gruñe el macho,
se oyen violín y mastín,
y hay concierto de violín,
de perro, cerdo y muchacho.

Tal cuarteto me encocora
y á mi calma pone fin;
cuando no suena el violín
entonces el chico llora.

Al fin la paciencia pierdo
y estoy por irme al Mogol,,
huyendo al *re mi fa sol*,
al perro, al niño y al cerdo.

¡Me mudo! Me arroja el arte,
me arroja el mastín, el macho,
y el «loriqueón» del muchacho,
con la música á otra parte.

¡Me mudo! El concierto eludo
porque me aburre y emporra;
¡vaya el concierto á la porra!
y dicho y hecho: ¡me mudo!

FRANCISCO ROSALES.

DESDE MI BORDOIR.

Si yo pudiera cambiar de sexo al modo del Proteo mitológico, que cambia de formas siempre que le viene en ganas, en estos momentos estaría convertida en mozo de rompe y rasga y en plena acera del *Louvre* atisbando cuchicheos y celando chismecillos para que pudieran servirme hoy de hilaza con que ir respunteando—bien que con respunte malo—esta crónica de mis tormentos.

Pero no soy Proteo, ni siquiera de la familia, y tengo que quedarme encerrada en cuatro paredes, como Apsara, con la única diferencia de que si esa antigua diosa en su prisión podía creorrer paraísos de divinidades, yo tengo que apechugar con infiernos de horripilantes condenados, que maldita de Dios la falta que le hacen á una y como si no bastara para ir al purgatorio el manajo de condenaciones que nos regalan cada día.

La verdad es que esta semana ha sido desesperante para quién, como yo, tiene que llenar con prosa amasada con sucesos del *gran mundo*, un hueco más ó menos grande de un periódico.

Inventar sucesos sin que luego nos desmienta algún travieso y picardigüelo chisgarabís de tres al cuarto, es empresa que no me comprometo á realizar con éxito. Queden esos milagros para la célebre Micala que decía que hablaba todas las noches con la luna y se lo creían; ó para el milagroso y sorprendente ilusionista Sr. Vargas Muñiz, aunque los milagros que éste haga—dicho sea de paso—que me los claven aquí.

Y pues es fuerza que salga la crónica, saquémoslas de flaqueza, que es del único punto que puedo sacarlas.

La velada de la *Caridad del Cerro* fué una fiesta hermosa y distinguida que recordarán siempre con alegría cuantos asistieron á ella.

La voz elocuente, simpática, erudita y elegante del señor D. José E. Bernal, actual Presidente de aquel distinguido Centro, se escuchó con muchísimo gusto. Si el Sr. Bernal no fuera, como es, un avaro de sus méritos, recojería más á menudo aplausos tan entusiastas como los que le prodigaron el lunes los concurrentes á la *Caridad del Cerro*.

El ilustrado Dr. Baralt disertó luego con encantadora amenidad acerca del concepto de la belleza, tema simpático, que fué tratado con tal tino por el conferencista, que bien puede decirse que pocas veces escuchamos discursos tan interesantes.

El timbre dulcísimo de voz que posee el Sr. Baralt, sus maneras delicadas aun en los momentos en que el tono del discurs-

so reclama necesariamente exaltación en el orador, le hacen agradable á los ojos de las damas, que escuchan sus palabras con curiosidad vivísima.

En realidad, la conferencia del Dr. Baralt gustó muchísimo, y si mi voto valiera—que no vale—todas las semanas tendríamos ocasión de deleitarnos con discursos tan amenos y tan conceptuosos como ese que con íntimo placer oímos el lunes.

La Sra. Baralt cantó con afinación algunas piezas selectos, y como todo termina, la velada fué apagándose lentamente y á las pocas horas no quedaba de tan distinguida fiesta más que el recuerdo de un rato placentero, recuerdo que aún vive con vida exuberante en nuestra memoria.

La concurrencia era distinguidísima, aunque muy reducida. Es desalentador que la primera sociedad de la Habana cuente tan pocos, poquísimos socios. Un centro no vive sino con las cuotas de sus abonados; si éstos son pocos, á la fuerza la sociedad ha de llevar una vida lánguida y anémica. Esto ya se ha dicho muchas veces y por plumas más respetables. No obstante, he de repetirlo una y otra vez, porque me duele que el temperamento tropical é inconstante de alguna parte de la juventud, la lleve á olvidar lo que significa y es para los cubanos la *Caridad del Cerro*.

Después de esa velada, nada digno ni indigno de narrarse ha ocurrido durante la semana pasada.

Nos hartamos de diversiones en los anteriores ocho días y en estos el tiempo nos ha parecido poco para descansar, como antes nos parecía corto para divertirnos.

Este recogimiento sospecho que sea signo seguro de preparativos para mañana. Cuando el ejército descansa es que pronto va á entrar en acción.

Las muchachas de Guanabacoa son las que no descansan ni un momento. Después de aquel célebre baile del mes de Diciembre que tanto dió que hablar y que decir en los círculos elegantes, no han perdido momento para que no decaiga la animación entre la juventud de aquella villa, célebre en otro tiempo por sus murallas de guano y en la actualidad más célebre todavía por sus diversiones.

La sociedad de señoritas recientemente formada, se ha propuesto que la alegría impere como reina y señora desde la loma de la Cruz hasta el minarete del Potosí, y lo conseguirán, ya que todo lo puede y todo lo realiza en este mundo el propósito decidido de un grupo de muchachas que tienen metido en el cuerpo el diablillo de la alegría.

Tienen organizada á estas horas su sección de Declamación, y no como quiera, sino con la espiritual Josefina Montiel á la cabeza, que vale tanto como decir que tienen una directora concienzuda. Aunque esas señoritas lo hicieran muy mal—que me consta que son muy aplicadas—tienen en sí un elemento poderoso de éxito: la belleza. Y ya es sabido que todo se perdona en el mundo á la belleza.

Por lo pronto, el día 6 celebrarán su primera fiesta, poniendo en escena *La Colegiala*, en que ha de lucirse mucho Josefina, en el desenfadado papel de hipocritilla y jovial chicuela.

Tendremos, pues, en Guanabacoa un nuevo centro donde disipar las tristes horas de hastío que nos persiguen con implacable tenacidad en esta vieja Habana, á quien no arrancará su aburrimiento crónico ni el gran Coquelin con toda la fuerza de sus *comiquerías*.

Cruzaremos el mar todos los meses seguros de hallar, del otro lado del océano, un ameno y divertido espectáculo, que nos quitará el *spleen*.

Una nota triste ha nublado con tintes sombríos la vida de relativas satisfacciones que lleva el digno y popular Gobernador Civil de esta provincia.

Enrique Ruiz Crespo, su amigo queridísimo, más que su secretario particular, ha muerto víctima de la enfermedad endémica.

Sus singulares prendas de simpatía é inteligencia han hecho de su muerte un motivo de duelo para sus amigos, que eran muchos, á pesar de su corta permanencia en la Habana.

Descanse en paz el alma del Sr. Ruiz Crespo y reciba el Sr. Rodríguez Batista, que sentía por él la más exquisita ternura, el profundo testimonio de duelo que por mi conducto le enviaban los redactores de EL FÍGARO.

He escrito hoy de prisa, faltándome tiempo hasta para ponerle los puntos á las *les*.

Es necesario que pida por tanto á VV. mil perdones al llegar al final, como hacen en los sainetes.

Y ahora, telón rápido.

Mlle. NITOUCHE.



MR. SCHIGORINE.

Célebre ajedrecista que disputa actualmente al famoso Steinitz, el título de *Champion de ajedrez del mundo.*

RETAZOS.

El magnífico y exacto retrato que publicamos del Sr. Schigorine, es tomado de una excelente fotografía de Cohner O'Reilly.

No sé cómo se nos pasó en el número anterior hablar de la excelente pastelería, antigua de Blazy, hoy del amable Sr. D. Manuel Carral, situada en la calle del Obispo, frente al Instituto.

Pero casi ha sido conveniente este breve silencio, porque así hoy con más ganas diremos á VV. que en esa casa se inventan cada día mil clases de dulces deliciosamente agradables; con las mismas ganas con que todos los días los saboreamos, con un digno remate: una copa de Jerez de oro, que también allí se vende riquísimo.

A la pastelería francesa deben acudir, como nosotros, las personas de paladar.

Dos cosas hay en la Habana que llaman poderosamente la atención. Amalia Rodríguez es una de ellas. La otra, el magnífico establecimiento de joyería *La Acacia*.

No se diferencian más que en una cosa. Amalia es únicamente adorable y las joyas que vende *La Acacia* son empeñables.

Zerep, joven él y envenenador él, si le dieran á escoger, se quedaría con Amalia; Barberá, viejo y todo, optaría por *La Acacia*, espléndida y sin rival exposición de exquisiteces, situada en San Rafael 12.

Tienen tanta aceptación los *bromuros* que se hacen en la elegante galería fotográfica de Zéndegui, ese artista por excelencia, que los pedidos son cada día mayores.

En verdad que la galería de Zéndegui es de las mejores que en su clase tenemos; allí se encuentran retratadas nuestras más bellas señoritas, y todo esto unido al buen trato y á los módicos precios, hacen que toda nuestra juventud elegante acuda allí.

Es decir, á O'Reilly núm. 73.

Hay que convenir, señores, en que *La Casa Grande*, una de las más populares tiendas habaneras, es un establecimiento favorecido por las damas elegantes y los pollos *pschuts*. Y se comprende; el surtido de lienzos sobre ser variado, es superior y barato.

Los jóvenes tienen allí una magnífica tijera para la confección de todos los trajes que se pidan.

La Casa Grande está situada en la calle de San Rafael esquina á Galeano.

No nos cansaremos de recomendar á VV. que la visiten.

¿Quién no conoce al *Rubio* y no el de la zarzuela *Cádiz*? —Nadie ¿no es cierto?

Pues bien; en su elegante establecimiento de sastrería y camisería, que lo es también del simpático Arriaza, situado en la calle del Obispo núm. 85, *La Sociedad Moderna*, se están confeccionando nuestros *dandys*, los *smocks* que tanta aceptación tienen entre los *venenosos*, entre los cuales figuran los conocidos *sportmen* Enrique H. Miyares, Centellas, Manuel Ecay, Perico Arango y este servidor de VV.

Está visto que *La Sociedad*, Obispo 65, de nuestros amigos Fargas, unos *noys molt simpatices*, es la casa predilecta de los artistas extranjeros. Coquelin, de fiño que se hará algún traje con el hábil cortador de Fargas. ¡Como si lo viéramos! Y es natural. A *La Sociedad* viene lo más selecto de Barcelona, y en sus talleres trabajan acreditados sastres.

Amén de lo económico.

¡Tutti ingratto! ¡Desgraciadas donnas! Son engañadas por hábiles mancebos, que las abandonan después de haber gozado de todas las concesiones. . . . ¿En porqué? . . . Por que á pesar de su miopía, no acuden á proveerse de buenos espejuelos *anti-venenosos* y de magníficos gemelos de teatro á lo *Hading*, de los que vende *il barbiano Rafael*—no de Lamartine—sino el de «El Al-mendares», Obispo 54, entre Habana y Compostela.

CORRESPONDENCIA DE LA SEMANA.

R. Zahonet.—Usted sabe que si *encajan*, tenemos siempre gusto en insertarlas.

Una amiga.—Publicamos *Injusticia*. Queda V. complacida.

Franco del Todo.—Otra, que la última ha sido muy celebrada.

Amado.—¡Imposible, mio caro!

Elena.—¡Si pudiera verla . . . !